

La hija del embajador

MUESTRA GRATUÍTA
SEGUNDA PARTE

Albert Sabater Pla

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor.

Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales.

Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir en esta obra de ficción.

Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción.

Nº registro SafeCreative 1804256673099

A mis padres y a mi hermana,
sin los cuales Estrada no resolvería igual sus casos.

II

El embajador Javier Wilmer Palacios Pinto, un hombre de mediana estatura, tez morena y carácter bastante reservado, había fijado su residencia, pagada por el gobierno de la república del Perú, naturalmente, en uno de los mas distinguidos barrios de la ciudad condal. La elección no había sido por casualidad, si no impuesta por aquellos que pensaban que un embajador, era alguien ampliamente distinguido que debía denostar una opulencia acorde al puesto que desempeñaba, y por que no, a veces intentar aparentar una exuberancia impropia y alejada de la realidad.

Sea como fuere, si había algún país en América latina que había crecido de forma extraordinaria en los últimos años, sin duda era Perú, a pesar de que las diferencias socioeconómicas entre sus ciudadanos continuaban siendo mas que notables. Para algunos era necesario intentar demostrar esa opulencia, incluso de forma desproporcionada.

Al llegar a la finca, que ocupaba la mitad de una manzana, vieron que había un vehículo detenido sobre la acera, a medio camino de la calle. El sol se reflejaba sobre el techo como si fuera un espejo. Alicia cerró los ojos por un momento cuando un reflejo impactó de lleno sobre su rostro. Buscó en su bolso y se colocó unas gafas de sol.

Estrada, que encabezaba la marcha de vehículos oficiales, detuvo su coche a la altura de la puerta del garaje, en la acera contraria y bajo la sombra de un platanero, árbol típico de Barcelona.

Se apeó del vehículo, observó el coche de la entrada y no tardó en percatarse de algo de lo que no le habían hablado. Algo que lo enfureció bastante.

- Que cojones... ¿Eso es un cadáver? – preguntó de forma retórica cerrando la portezuela de su coche de un golpe.

- Sí, capitán. He preferido dejar los detalles para la escena del crimen.

- ¿Detalles, dice? Don Ernesto, esto es un hombre muerto, ¡por Dios! – afirmó gesticulando con energía mientras dirigía la mirada al cielo.

- Llamaré a mi equipo – dijo Alicia marcando el número en su teléfono móvil.

- ¿Cuándo ha ocurrido todo esto?
- El embajador me llamó alrededor de las diez y media de la noche aproximadamente.
- ¿Y hasta las seis de la mañana no se le ha ocurrido a nadie avisarme?
- Vine aquí enseguida, capitán. Javier estaba aterrado, fuera de sí... me pidió consejo. Llamamos a Lima para pedir asesoramiento y nos dijeron que se pusiera en contacto con las autoridades del país – pasó la mano por su avanzada calvicie intentando encontrar las palabras justas para que el cabreo de Estrada disminuyera – Hizo llamadas a algunos contactos, y al servicio de seguridad de la embajada, pero nadie sabía nada... nadie pudo darle pista alguna del paradero de la niña. Ni de la razón de todo esto.
- Está bien, Ernesto... No piense más en ello. ¡Pero no vuelva a esconderme información... ¡o a obviarla, joder! – renegó mientras se alejaba camino al vehículo.
- Yo no soy su padre, Estrada, pero si le ocurre algo a esa niña... – dijo intentando seguirle de cerca.
Estrada se detuvo de pronto.
- La encontraremos – le dio una afectuosa palmada en la espalda y le invitó a caminar a su lado – pero no vuelva a engañarme – añadió.

La puerta de la salida de vehículos era bastante ancha, unos tres o cuatro metros y estaba abierta. El coche, un Mercedes Benz de la clase "S" estaba detenido a medio camino de la calle, justo en el recorrido de aquella gran puerta blanca corredera.

El sol, a pesar de estar aún en horas bajas, apenas eran las diez y media, calentaba lo suficiente para prever que el día iba a ser insoportable, una vez más.

Estrada sacó el teléfono móvil del bolsillo interior de su americana y marcó el número de la central.

Pidió la presencia de varias unidades para que cortaran la calle y alejaran a los curiosos.

Aquella zona no era especialmente transitada, y menos aún en pleno mes de agosto. Los residentes estaban de vacaciones en otras latitudes y los turistas se concentraban en el centro de la ciudad para visitar la majestuosidad de la Sagrada Familia, la catedral, las Ramblas, el paseo de Gracia... A pesar de ello, Estrada prefirió mantener alejados a los curiosos, pero sobretodo a la prensa, tal y como prometió al ministro que haría.

Entraron en la finca, rodeando el lujoso coche negro. Estrada echó un rápido vistazo a través de la ventanilla del acompañante. Dentro había un solo cuerpo que reposaba ladeado y sin vida sobre la consola central con un visible disparo en la sien. La ventanilla estaba manchada de sangre y había cristales rotos sobre el cadáver y seguramente también en el suelo, sobre la alfombrilla, aunque desde su posición no pudo verlos.

Junto la puerta de entrada, en la parte derecha, había una caseta de unos quince metros cuadrados donde se alojaba el control de seguridad. Una amplia cristalera permitía la identificación de cualquier vehículo o transeúnte que quisiera entrar o salir de la finca.

- Entremos en la casa, capitán – pidió el ministro indicándole el camino.

Frente a ellos y a unos cincuenta metros, una pequeña glorieta que los vehículos debían rodear para llegar a la casa hacía las veces de decoración y ocultación de la entrada principal del pequeño palacete, que de tal forma quedaba lejos de la vista de los transeúntes cuando la puerta de acceso de vehículos estaba abierta; una forma elegante de proporcionar cierta intimidad a la casa.

Tomaron el camino de la derecha hacia la entrada principal.

Al llegar a la altura de la rotonda, Estrada pudo observar la majestuosidad de aquel edificio de finales del siglo XIX.

En la planta baja, un porche de estilo romano hacía las veces de entrada, junto al cual había dos grandes ventanales de madera que le daban un aspecto de gran estofa.

La primera planta, en la que sin duda se alojaban los dormitorios, había otros dos ventanales perfectamente alineados con los de la planta baja y una puerta que daba acceso a la terraza que se formaba en el aljarafe del porche.

La última planta era una buhardilla dada la pequeñez de sus ventanucos, que también eran de madera. Los muros exteriores, de cemento alisado de un color gris amarronado, le conferían un aspecto regio, señorial y distinguido, algo que solamente por su estilo y diseño arquitectónico ya era más que suficiente.

Antes de tomar el camino que definitivamente les llevaría al porche y a la entrada de la casa, pudo ver a lo lejos, a la derecha, una piscina rodeada por cuatro sauces que le conferían cierta intimidad.

Cuando llegaron a la casa, el ministro Paredes tocó el timbre y esperó. Casi inmediatamente, un hombre vestido con un elegante traje negro abrió la puerta.

- Buenos días, Thomas.

- Buenos días señor ministro. El señor embajador les espera en el salón – se apartó de la puerta para que pudieran entrar, sin añadir nada más ni tensar un solo músculo de su rostro.

- Usted primero, capitán Estrada – pidió amablemente el ministro

- Yo me quedaré aquí esperando a mi equipo – dijo Alicia colocando uno de sus rizos tras la oreja.

- Está bien. Yo iré a hablar con el señor embajador.

Entró en la casa y tras él, el señor ministro.

El recibidor era bastante amplio y luminoso. A la derecha, una escalera de caracol con los peldaños de piedra y una barandilla forjada de hierro viejo conducía a la planta superior. Frente a él, una gran puerta de madera noble y grandes cristales se ajustaba perfectamente al techo bóvido e irregular.

- Pase capitán, el embajador nos espera en el salón – abrió la puerta acristalada y esperó a que pasara.

Entre la puerta y el salón había una antecámara con una gran alfombra persa, dos silloncitos de madera y numerosas obras de arte y cuadros por todas partes.

- Siempre he pensado que este tipo de tapices no deberían ser pisados – objetó el ministro Paredes deteniéndose ante la alfombra. La rodeó y siguió camino hacia el salón. Estrada hizo lo propio y pasó por el lado izquierdo.

Al llegar al salón, Estrada vio un hombre sentado en una pequeña terraza interior con la mirada perdida a través de la gran ventana.

El ministro Paredes tocó la puerta acristalada dos veces. El embajador, al verles, se puso lentamente en pie e indicó con un ademán que entraran.

El embajador Javier Wilmer Palacios Pinto era un hombre de mediana edad, pelo negro como el azabache con algunas canas en los lados, estatura más bien baja y tez morena.

- Javier, te presento al capitán Fermín Estrada, jefe de la Interpol en Barcelona.

- Capitán, celebro conocerle, Ernesto no hace más que elogiarle...
– admitió con la mirada perdida.

- Señor embajador, es un placer conocerle. Lamento que sea en estas circunstancias – apretó su mano con determinación.

- Es natural... no se preocupe... – respondió de forma cortés.

- Si hay alguien capaz de resolver todo esto, sin duda es Estrada – aseguró el ministro Paredes con una forzada sonrisa.

- Haré lo que pueda, señor ministro... – admitió con modestia – ¿Dónde le parece que podemos empezar el interrogatorio? Quiero decir... la entrevista – corrigió enseguida. El embajador estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta del error, o quizás no quiso darle importancia.

- Aquí mismo, si le parece.

La terraza interior apenas ocupaba siete o diez metros cuadrados. El ventanal, que ocupaba casi la totalidad de la pared exterior, le proporcionaba una luminosidad privilegiada.

En el centro había una sencilla mesa blanca de jardín de estilo victoriano y cuatro sillas de hierro forjado a juego, dos junto a la mesa y otras dos junto a la pared de la ventana.

- Por favor, siéntense – pidió el embajador con un hilo de voz.

Los tres tomaron asiento en silencio.

- Señor embajador, quizás deba hacerle algunas preguntas incómodas – el embajador levantó la mano e hizo un gesto indicando que lo comprendía – Está bien. ¿Cómo definiría a su hija?

- ¿A qué se refiere, capitán?

- Quizás no me he expresado bien – buscó en el bolsillo interior de la americana y sacó su inseparable bloc de notas – Me refiero a cómo cree usted que es su hija. Como la ve.

- Bien... yo creo... Marisa es... es una niña... bueno... a los dieciséis años ya no le gusta que le llame niña...

- Marisa es una chica normal, capitán. Es una buena estudiante, educada... – intervino el ministro Paredes al ver que su amigo era incapaz de contestar a la pregunta.

El embajador continuaba con la mirada perdida.

- ¿Quiere usted decir que es la hija ideal?

- Seguramente no es la hija perfecta, capitán – continuó el ministro Paredes. – Pero estoy seguro que para muchos podría ser la hija ideal. – Admitió con orgullo.

- Don Ernesto, soy padre y por experiencia sé que a veces la imagen que tenemos de nuestros hijos no es la que mas se ajusta a la realidad.

- Marisa no es una hija rebelde, si es a lo que se refiere. Saca buenas notas, va a clases de violín y piano, danza clásica, habla cinco idiomas... – dijo el embajador.

- Seis Javier, no te olvides que habla catalán perfectamente. Lo aprendió en seis meses...

- ¡Joder! parece una niña prodigio... – exclamó Estrada mientras iba tomando notas.

- Lo es... y no lo digo por que sea su padre, capitán...

- Así es, Estrada... todo el que conoce a Marisa sabe que es una niña especial.

- Dejando el asesinato de su chófer a parte, ¿Cree que puede ser una desaparición voluntaria?

- Lo dudo Capitán.

- Quizás se sentía agobiada con tanto violín...

- No es el caso. Cuando llegamos a Barcelona, me pidió enseguida que le buscara un profesor de violín y piano... solicitó ella misma proseguir con sus clases de danza clásica...

- Menudo aburrimento... ¿es que no sale? ¿No tiene amigos?

- No todos disfrutamos con los mismos divertimentos, capitán Estrada – dijo con cierto tono de irritación.

- ¡Jod...! no pretendía ofenderle, señor embajador... solo intento encontrar una conexión.

Una empleada con uniforme de servicio entró en la terraza.

- Disculpe señor embajador. Señor ministro – saludó haciendo casi una reverencia – ¿Desean tomar algo los señores?

- ¿Desea tomar algo, capitán Estrada?

- Ya he desayunado, muchas gracias – se recostó en la silla. Al darse cuenta que se le clavaba uno de los hierros en la espalda, volvió a erguirse de inmediato.

- Yo tampoco deseo nada, Javier.

- Puedes retirarte, María.

La mujer, de unos cuarenta y cinco años, estatura media y rasgos latino americanos salió sin decir nada.

- ¿Por dónde íbamos? – preguntó el embajador – Si... Marisa.

Disfruta con otras cosas... y sí tiene amigas – afirmó con rotundidad - Hay una niña... ¿Cómo se llama Ernesto?

- ¿Quién?

- La de danza... esa alta y desgarbada...

- Ah si... ¡pero no es una niña...! – rió el ministro Paredes.

- Si... supongo que uno no se da cuenta de que se van haciendo mayores... – admitió con voz quebrada.

El ministro Paredes puso la mano sobre la suya.

- No debes preocuparte, todo saldrá bien. Carolina. Se llama Carolina.

- ¿Sabe el apellido, don Ernesto?

- No recuerdo... – admitió pensativo – Es algo... illo... millo... jaraillo...

- ¡Jaramillo...! Carlota Jaramillo – respondió el ministro Paredes.

- Es verdad. La hija del multimillonario de las cremas esas... Soy un desastre para los nombres, capitán...

- Lo comprendo, señor embajador... Las circunstancias tampoco ayudan. Necesitaré la dirección de esa joven. Quizás sepa algo...

- Si... naturalmente...

El teléfono de Estrada sonó. Se disculpó y salió de la terracita para atender la llamada.

- Los técnicos ya han llegado. Habrá que esperar al juez para el levantamiento del cadáver, pero ya han empezado la instrucción previa con la secretaria judicial – dijo al volver.

- Ese chófer llevaba conmigo veinte años... Le ofrecí venir conmigo desde Lima – lamentó con la mirada perdida al final de la terraza.

- ¿Le conocía bien?

- Perfectamente, capitán Estrada – contestó el embajador pausadamente – A él y su familia.

- ¿Cree en la posibilidad de que pudiera estar implicado de algún modo?

- ¡Pero si le han asesinado!

- No se imagina la de cómplices en delitos que acaban como su chófer: una discusión de última hora, o simplemente la eliminación de elementos molestos, pruebas o posibles “cantores”.

- No... Manuel no... es imposible. Le conozco hace muchísimos años. Es improbable que se hubiera vendido... – afirmó negando varias veces con la cabeza

- Pongo la mano en el fuego por él, capitán – aseguró el ministro Paredes – Le conozco de cuando estuve en la embajada de Lima y le aseguro que ese hombre adoraba a la niña.

- Está bien... – Dijo Estrada chupando el pulsador del bolígrafo – ¿Hay alguien nuevo en la casa?

- Nuevo no – respondió con determinación.

- ¿De hace seis meses?

- No... no tenemos personal nuevo. Todos llevan tiempo con nosotros...

- ¿Quizás alguien que lleve alrededor de un año?

- Deje que piense – pidió el embajador acariciando su frente con las yemas de los dedos.

- La institutriz, Javier... ¿No vino hace un año? – aportó el ministro Paredes.

- ¡Si! – afirmó alargando la i y abriendo mucho los ojos – Es cierto... esa chica hará mas o menos un año que vino... cuando la anterior se marchó... Francesca. Francesca Peralti. Una joven italiana de la toscana. De un pueblecito cerca de Florencia.

- ¿Se marchó por causa convincente?

- Si, completamente. Se fue por que se iba a casar. Conocí al novio e incluso nos invitó a la boda.

- ¿Fueron?

- Naturalmente. Fue muy divertida. Marisa nunca había estado en Italia y aprovechamos la ocasión para visitar la zona.

- ¿Y la chica nueva? ¿Qué puede decirme de ella?

- El servicio de seguridad de la embajada siempre comprueba los antecedentes de todo el personal. Lo cierto es que la muchacha tiene un buen currículum. Lo tengo en el despacho, en el archivo, pero creo recordar que se licenció con honores en Harvard, en literatura inglesa... – hizo una pausa para tomar aire – Recuerdo que me impresionó bastante... Sabía varios idiomas y también aprendió violín de niña.

- Vaya... otra niña prodigio... – sonrió Estrada.

- Nos pareció perfecta – admitió buscando la complicidad del ministro.

- Si, lo cierto es que parecía ideal. Recta y disciplinada.

- ¿Quizás esa disciplina podría ser la causa de su desaparición?

- No lo creo – contestó el ministro – Como ya le dije capitán soy su padrino. Nos llamábamos casi cada día e incluso me contaba cosas que no le contaba a su padre – dijo con una sonrisa. – Creo que hacía un poco el papel de madre – admitió divertido.

- Tendré que hablar con esta señorita. ¿Su nombre?

- Cristine Neighborhood.

- ¿Ha venido hoy a trabajar?

- Vive aquí, capitán.

- ¿Y está aquí ahora mismo?

- Por supuesto. He estado con ella antes de que usted llegara.

- Está bien.

Tomó el teléfono de nuevo y dio instrucciones para que nadie entrara ni saliera de la propiedad.

- Creo que por ahora esto es todo, señor embajador. Si necesito algo mas sé donde encontrarle – dijo poniéndose en pie.

- ¿Qué va a hacer ahora, capitán Estrada? – preguntó el embajador.

- ¡Mi trabajo! – exclamó espontáneamente.

- No, capitán – rió el ministro Paredes – Lo que Javier quiere saber es cual será el siguiente paso en su investigación.

- Señor embajador, si le cuento el final, no habrá suspense...

- No sé como puede bromear en una situación como esta...

- Estar tenso no me ayudará a resolver este embrollo.

- Está bien, disculpe capitán... debe comprender... – intentó justificarse.

Estrada puso su mano sobre el hombro del embajador.

- Señor embajador, encontraré a su hija – afirmó completamente serio.

Tomó el camino de regreso y salió al porche. Se apoyó en una de las columnas y observó la finca. La gran rotonda confería cierta intimidad gracias a la vegetación. Apenas se veía la puerta principal y mucho menos la calle. Solamente era visible el puesto de seguridad si oteabas poniéndote de puntillas. El resto eran arboles, césped y zona ajardinada.

→ FIN DE LA MUESTRA GRATUITA ←

SI TE HA GUSTADO Y QUIERES SEGUIR LEYENDO, ENTRA EN
WWW.SABATERPLA.CAT Y HAZTE CON UN EJEMPLAR.